

Valle-Inclán
en *La Nación*
de Buenos Aires

Leda
Schiavo
*University of
Illinois at Chicago*



El 4 de junio de 1899 el diario *La Nación* de Buenos Aires publicó un artículo de Rubén Darío que no ha sido recogido, según creo, en ninguna de las recopilaciones de su obra periodística. Se trata de una semblanza de Valle-Inclán, en la que Darío presenta, desde Madrid, al joven escritor español, desconocido prácticamente en el Río de la Plata. Después de la consagratória presentación de Darío, el periódico inserta un fragmento de lo que más tarde se llamaría *Sonata de estío*. Este fragmento tiene sumo interés para estudiar la génesis literaria de la *Sonata*; el lector reconocerá en la "Lili" del libro "Tierra caliente" a la futura Niña Chole de las Memorias del Marqués de Bradomín.

Valle-Inclán había publicado *Lili* (*Fragmento del libro "Tierra caliente"*), con variantes y con el título *La feria de Sancti-Spirtus*, en *Apuntes* de Madrid, el 1 de enero de 1897. El texto está más cerca de las primeras narraciones cosmopolitas de Valle-Inclán que de la perfección de las *Sonatas*, y por eso me parece doblemente valioso, ya que, por un lado, los aficionados al gran escritor podrán leer un texto casi nuevo y valorarán su frescura y, por otro, los especialistas podrán comparar estilo y contenido y valorar su evolución.

Dionisio Gamallo Fierros publicó hace años un fragmento del artículo de presentación de Darío, sin precisar su origen, en el número de Homenaje a Valle-Inclán de la *Revista de Occidente* (nov.-dic. de 1966). En este artículo, titulado "Aportaciones al estudio de Valle-Inclán", dice Gamallo Fierros:

Conocida es la semblanza en prosa de Valle-Inclán incluida por Darío en su libro *Todo al vuelo* (1910), pero estimamos aún más valiosa, prácticamente inédita, por olvidada o desconocida, esta otra que paso a reproducir y que debe corresponder a 1899 o 1900 (p. 352).

Por mi parte, publiqué este artículo en el *Boletín de la Asociación Internacional de Valleinclinistas* (nº 4, setiembre de 1989). Como dicho *Boletín* sólo tiene una circulación limitada a los miembros de la Asociación, creo que vale la pena darle mayor difusión, y por esta razón lo vuelvo a publicar, acompañado ahora del fragmento de Valle-Inclán.

De Rubén Darío
La joven literatura
II
Un estilista
Lo que vendrá

Madrid, 6 de mayo de 1899

¡Épater le bourgeois! Esta infantil satisfacción ha acariciado siempre los cenáculos y ciertas individualidades artísticas. Asombrar o asustar al profano, al gordo rentista, al colega tímido, al vecino poco al corriente de las intimidades y locuras de las musas. Aquel dandy de Alcibiades era partidario de ese *fun* y su perro descolado, es una de las primeras inquietudes del burgués, en el curso de la historia. Hoy algunos artistas o pseudo artistas, cercenarían las siete colas de un bajá, o la de la osa mayor, y no quedarían satisfechos. Se emplean toda suerte de ocurrencias, facecias; hechos, gestos, palabras.

Benvenuto tiene una manera; Cyrano otra; Byron otra. Los románticos encienden de púrpura sus chalecos y dejan crecer merovingeamente sus cabelleras, *truc* usado hasta hoy. Baudelaire sataniza su conversación; en las capillas de los últimos tiempos no queda ninguna extravagancia por hacer. No se puede negar que cuando la sinceridad obra, cuando el carácter se manifiesta sin velos en esas inocentes farsas, ello presenta un aspecto alegre y agradable para el observador. El talento tiene el derecho de divertirse de la manera que le venga en gusto, pero ha de imperar siempre ese talento. Un poeta puede *se payer le tête* de un obeso propietario, como un gorrión pararse sobre la cabeza de un buey. Lo malo son las exageraciones y sobre todo las imitaciones de los personajes de segundo y tercer término. Y si Bertoldo se propone ser misterioso o espiritual, ya calcularéis las consecuencias. Las últimas ideas filosóficas, los últimos movimientos artísticos, el *snobismo* internacional, la circulación de tantas revistas independientes y modernísimas, ha turbado muchas seseras en la juventud intelectual de todos los países. La *pose* ha llegado a lo insoportable, las mediocridades han creído fácil igualarse a los artistas geniales, copiando o animando sus rasgos extraordinarios. Se ha barajado un número dado de ideas; se han mal digerido unas cuantas teorías de filosofía y arte, y he allí que cualquier implume pato hace de cisne de Lohengrín; cualquier jovenzuelo enamorado de sí mismo, como el mono de la fabulilla que sabéis, es un superhombre, *übermeinch*.

En Francia había notado casos inauditos de verlainismo, satanismo y ocultismo; en nuestra incipiente iglesia de Buenos Aires, no faltaba el nietzschista y el wildista; y en los grupos de Madrid que he observado, los casos son de una gravedad que a la inmediata resalta. Confieso que después de ciertas gracias, ciertas ocurrencias, ciertas salidas, ciertos estetismos y ciertas superhombrafías que he podido apuntar, reconozco que nuestros modestos antiburgueses bonaerenses no son más que pueriles moreira de un *entartung* de importación. Aquí donde apenas acaba de abrirse una que otra ventana del feudal y secular edificio para que penetren la luz y el aire de afuera, unos cuantos rayos descompuestos, una bocanada de viento alemán, de la odre de ese admirable loco del Zarathusta (*sic*), han revuelto más de un cerebro juvenil, que, con el justo deseo de una renovación de ideas y de

un cambio de rumbo, se precipita a lo primero que encuentra extraño y nuevo. Mozos de verdadera inteligencia y de no escasa instrucción tienen por moda lanzar en su malabarismo de taparrabo las más estupendas paradojas. Porque *así habló Zaratustra*; y porque el ser inmoralista da cierta importancia de iniciado entre los aristos, se juego estúpidamente con el concepto del honor, de la moral; se habla de Cristo en peores términos que Nietzsche; se defiende y se proclama la libertad pentapolitana de Sodoma, se niega todo aquello que hasta hoy ha sido proclamado como verdad, por la simple comezón de estar en el lado opuesto; se declara imbéciles a Homero, a Shakespeare, a Cervantes. Si por casualidad se habla de los contemporáneos y se traen a cuenta los nombres de Núñez de Arce, de Campoamor, de Valera, de Galdós, de los hasta ahora considerados generalmente como maestros en España, los calificativos que se les suelen dar son *idiota, bestia, acémila*. Y en esa juventud los que así hacen detonar sus ocurrencias, escriben prosa o verso, algunos con brillo y talento legítimos; no son locos, ni se encuentra excusa explicable para esos juegos de tan dudoso gusto. Estos petardos verbales revientan entre ellos mismos. Unos y otros se conocen a maravilla. Cuando le oigo, pienso: ¿A quién quieren *épatar* estos jóvenes? Porque lo que es a mí no me epatan. A cierto inteligentísimo escritor de pocos años que suele producir estallidos de frase contra el cuarto mandamiento de la ley de Dios, le diría yo que leyese lo que León Bloy asegura haber escuchado de labios de Jean Richepin, en un capítulo de los *Propos d'un entrepreneur de demolitions*. Querer ser raro por fuerza es de una candidez desoladora. Aquí se llama eso "tener cosas". Los románticos como Petrus Borel tenían cosas; Villiers y Barbey tenían cosas. La mayor parte de los colaboradores del *Mercur* tiene cosas. ¿Este es el motivo para que un joven de excelente cepa española, de sangre viva y soseada, en un país en donde no se ha pasado por las evoluciones mentales que han producido en otras partes peregrinas novedades ideológicas, nos vengan queriendo hacer pasar por manzanas de ceniza del Mar Muerto sus manzanas españolas que dan sabrosa sidra nativa? Hacen sonreír estos tudescos de última hora, estos *feos tenebrosos*. Preferible era el antiguo y melencólico "genio no comprendido". Y en cuanto a los dogmatismos que se exhiben, a las magistrales naderías que se proclaman, a los descubrimientos fiambres con que os gratifican creyendo instruirnos, es todo de un modernismo de tal especie, que uno se echaría en brazos de Cañete o de Grilo, sin vacilar. No existe el amor, el estudio noble, a la erudición sincera. El ansia de figurar está sobre todo, la utilidad inmediata, el parecer antes que el ver. ¿Pero es así toda la juventud española? me diréis. No. Yo sé que existen, en la generación nueva, espíritus estudiosos y serios, que respetan, en la generosa pasión del arte y del pensamiento, la gravedad que trae consigo la frecuentación de las ideas, la labor de los dirigentes, y que cultivan su propia individualidad ajenos al sainete psicológico y a la presuntuosa logomaquia.

Ramón del Valle Inclán es un escritor que podría ser tachado de *poseur* a causa de sus bizarrías indumentarias. Ciertamente Valle Inclán tiene "cosas"; pero están sustentadas con un ardor artístico de elegido, con libros de prosa exquisita, labrada, miniada, melada. Es difícil soportar un rato de su conversación; pero lo es mucho más dejar de leer una página suya en que la música de la palabra se envuelve encantadoramente

en un órgano armonioso de oro fino. No corta la cola a su perro porque no lo tiene como Sawa; pero deja crecer su cabellera, alarga sus cuellos gladstonianos de manera inverosímil y los acompaña de corbatas fastuosas que servirían de chal a una mujer. Y ha escrito *Epitalamio*, librito *bijou*, cuyo defecto sería quizá el demasiado culto a D'Annunzio y la exageración de la delicadeza; *Femeninas*, es otro libro, de cuentos, episodios vividos o creaciones imaginativas, en que se funden, en una aleación plausible el asunto y el estilo. Es la primera vez que sobre la castiza narración castellana se pasa la sombra de un vuelo de pájaros franceses. Son las aves heráldicas del condestable d'Aureville, que pasan cerca de esa bella y trágica *Rosarito*; y en *La Niña Chole*, una sensación intensa de la vida tropical, vahos de las Américas tórridas, el alma voluptuosa y encendida, de la tierra caliente, expresada en escritura artística extraña a la índole castellana, sin dejar de mostrar las calidades nobiliarias del español áureo de los mejores tiempos. Yo diría que es un escritor *arabesco*, en ambos sentidos del arte, en el sentido de ornamentación y en el del ensueño. Le han comparado con Nerval; parece que la comparación podía hacerse más justamente con Robert Louis Stevenson. A los dos les calificaría yo de verdaderos "platónicos", en lo que esta clasificación puede explicar de adoración del verbo en su más íntimo misterio, y de la forma como complemento de la creación ideológica. Valle-Inclán, que no ha leído a Stevenson, está macerado en la teoría verbal y estilística del inglés, a los lejanos y maravillosos ecos del helénico *Cratilo*. Cuando se es un artista de tal aristocracia, bien se puede usar un cuello más largo que los demás y una corbata semejante al velo de Tanit.

¡Curioso personaje, curiosa vida de aventuras! Valle-Inclán es de origen gallego; hoy reside en la corte después de haber andado largamente por la mitad del mundo. Ha sido cómico, periodista, fraile trapense, militar mejicano. Es un filósofo que sonríe con tristeza, apenas al pasar la juventud, y que ha encontrado el divino refugio del arte bajo los vientos de la vida. En viaje a su ciudad ideal ha pasado por la Mancha; y no podrá ocultar jamás sus puntos de contacto con el sublime Caballero. Su quijotismo es excepcionalísimo, complicado de Renacimiento y misticismo milenario. En política es carlista porque D. Carlos es buen mozo y vive en Venecia. En los nuevos de la literatura se le respeta por la imposición de su estilo y su fervor de Belleza. Prepara dos obras que aparecerán en breve, *Tierra caliente*, recuerdos e impresiones de sus viajes por América, y *Adega*, cuento largo, o *nouvelle*, de que han publicado algunas revistas capítulos sueltos. Hay en ellos las mismas calidades de manera, las mismas preocupaciones de plasticidad y de ritmo, los conocidos procedimientos y la gracia de la melodía d'annunziana. Si a ningún español del proletariado intelectual, a ningún *deraciné* de los pululantes por la corte, a ningún obrero del cerebro aconsejaría yo el viaje a una ciudad como Buenos Aires, a quien fuertemente procuraría disuadir de su tentativa semejante, si la tuviera, sería a este mismo escritor. Es un consagrado y una víctima de su formismo. Incapaz de escribir en un diario, ajeno en absoluto al periodismo, repórter imposible, *interviewer* absurdo, tendrá que huir azorado de nuestra existencia práctica y agitada, en donde ya es palpable la ruda competencia de actividades.

*

*

*

Uno que otro libro, novela o poesía publicado después de la guerra, anuncia que algo del ambiente moderno comienza a circular dentro de los límites españoles. El pensamiento regional ha florecido, no sin los inconvenientes de la novedad. Así sorprende en volúmenes de versos de poetas andaluces, cantos con ajenjo y bohemia nebulosa, a despecho de la luminosa manzanilla y de los amores de reja y copla. Es la misma enfermedad que ha recorrido nuestro continente. Para felicidad ha nacido en Andalucía un Ganivet. Y con lo que de él queda, hay simiente para luego.

Y a propósito que hoy se imponen en la literatura castellana son en su mayor parte de provincia. Bilbao, que tan solamente era notada por su actividad industrial y su tráfico de comercio, cuenta con tres o cuatro hombres que en Madrid se cotizan con ventaja. Cataluña por su parte. Lo lamentable es que los principales elementos intelectuales de Cataluña se muevan dentro del estrecho círculo de su idioma provincial; Rusiñol, por ejemplo, no ha publicado sino un solo libro en castellano. Las obras catalanas son escasamente traducidas al idioma nacional, y a veces se conoce el apareamiento y el mérito de una producción por lo que de ellas dice la crítica extranjera. El *Mercure de France* publicará próximamente *La alegría que pasa*, pieza teatral de Rusiñol, traducida por Marius André, y en castellano no conocemos semejante obra, ni ninguna de las de ese admirable artista, o de los otros autores catalanes.

Lo que vendrá, si Dios lo quiere y se va por buen camino, dados los factores existentes, será en la regeneración aguardada y no imposible a pesar de los pesimistas, una literatura en que se aúnen todos los elementos variados de la nación en un solo haz (,) una literatura de base nacional en la corriente del mundo. Ella no será producto ni de retardados ni de *snoobs*, sino de las inteligencias fortificadas en un estudio sólido y metódico, al tanto del movimiento universal y que no pretendan forzar el carácter propio por sendas extrañas. Con incursiones en el mismo propio terreno de la literatura patria, con un Banville siquiera, para la poesía que renovase viejos ritmos y formas olvidadas, con seguir ahondando en la mina de los Vives y de los Lulios de que se han aprovechado tantos extranjeros; con romper y abandonar trabas inútiles y pesos que impiden el libre uso de las alas, la conquista futura está por cierto, más que asegurada. Es el momento de la buena voluntad y la comprensión del justo destino. Es tomar el trabajo de la mente en su valor integral, lo que se necesita. "Hacer España" dicen algunos. España está hecha y deshecha. Si hay nación que tenga contextura de una sola pieza, es la española. España es como una vieja basílica atacada antaño por catapultas y ogaño por cañonazos; una que otra pared se ha derrumbado y bajo los escombros han quedado las riquezas interiores, pero quedan los pilares principales y los cimientos macizos en los siglos. Sobre ellos la edificación será obra del genio de los arquitectos que traigan el deseo vivo, el querer vigoroso, la esperanza, la fe en las propias energías.

Rubén Darío

P.D.: D. Francisco Santomé, que llegará a Buenos Aires en el transatlántico Reina María Cristina, va, según se me dice, apoyado por el Sr. Silvela y por las sociedades de Escritores y Artistas y Autores dramáticos y compositores, para negociar, de acuerdo con los representantes españoles en América, la implantación de leyes o de disposiciones gubernativas que amparen los derechos de los escritores y maestros peninsulares. El Sr.

Santomé es un publicista distinguido y simpático para los americanos; pero es de poner en duda que logre algo que no sea arreglos basados exclusivamente en la buena voluntad, dada la no existencia de tratados especiales. El director y propietario del *Mundo de los periódicos*, por otra parte, encontrará la buena acogida que merece.

De Valle Inclán
Lilí
(Fragmento del libro "Tierra caliente")

Mi antiguo compañero Andrés Hidalgo murió en Méjico completamente olvidado. Su caballerango —un negro poeta y tañedor de guitarra— me envió las cuartillas de "Tierra Caliente", jaquel libro que su pobre señor escribía y que me confiaba al morir! Si a la sazón aún permanece inédito, bien sabe Dios que mía no es la culpa. Tengo paseado todo Madrid con el manuscrito bajo el brazo, y donde quiera hallé la misma respuesta:

—A su amigo de V. nadie le conocía.

Me he resignado, y espero mejores tiempos. Publicaré el libro cuando sea rico y lo regalaré a los que conocieron al pobre e infortunado Andrés Hidalgo.

Ahora, ved algunas páginas todavía inéditas y que envío exclusivamente para *La Nación*

Lilí se levantó al amanecer y abrió los balcones. En la alcoba penetró un rayo de sol tan juguetón, tan vivo, tan alegre, que el verse en el espejo se deshizo en carcajadas de oro. El canario agitóse dentro de su jaula, prorrumpió en gorjeos; Lilí también gorjeó el estribillo de una canción fresca como la mañana. Estaba muy bella arrebujaada en aquel peinador de seda azul que envolvía en una celeste diafanidad su cuerpo de diosa. Me miraba guiñando los ojos, y entre borboteos de risas y canciones besaba los jazmines que se retorcián a la reja. Con el cabello destrenzándose sobre los hombros desnudos, con su boca riende y su carne blanca de camelia entreabierta, Lilí era una tentación ¡tenía despertares de aurora, alegres y espléndidos!

De pronto volvióse hacia mí con un mohín encantador:

— ¡Arriba, perezoso! ¡Arriba!

Salté de la hamaca. Lilí reclamaba el cumplimiento de cierta promesa que yo la empeñara tiempo atrás. Lilí quería ver las ferias del Silval, aquellas ferias que al comenzar la primavera se juntaban y hacían en la ciudad y en los bohíos, en las praderas verdes y en los caminos polvorientos, todo ello al acaso, sin más concierto que el deparado por la ventura. Viéndome ya en pie, Lilí huyó velozmente, alborotando la casa con sus trinos. Saltaba de una canción a otra, como el canario los travesaños de la jaula, con gentil aturdimiento, con gozo voluble porque el día era azul, porque el rayo de sol reía allá en el fondo encantado del espejo. Bajo los balcones resonaba la voz del negro que se daba prisa a embriidar nuestros caballos. Los estores caídos temblaban al soplo de matinales auras, y los jazmines de la reja por aromarlas, sacudían como Pierrot su caperuza de campanillas. Lilí volvió a entrar. Yo la vi en la luna del tocador acercarse sobre la punta de sus chapines de raso con un picaresco reír de los labios y de los dientes. ¡Qué alborozada me gritó al oído!

—¡Vanidoso! ¿Para quién te acicalas?

—Para tí, Lilí.

—¿De veras?

Mirábame con ojos entornados, y hundía los dedos entre mis cabellos arremolinándomelos. Luego me alargaba un espolín de oro para que se calzase en aquel pie de reina, que no pude menos de besar.

Salimos al patio, donde el negro esperaba con los caballos del diestro; montamos y partimos. Las cumbres azules de los montes se vestían de luz bajo un sol dorado y triunfal. Volaba la brisa en ráfagas bravías y selváticas como acezar de jaguares en la manigua. El alba impregnada de efluvios nupciales, tenía largos estremecimientos de rubia y sensual desposada. Las copas de los cedros iluminadas por el sol naciente, eran altar donde bandadas de pájaros se casaban besándose en los picos. Lili tan pronto ponía su caballo al galope como lo dejaba mordisquear en los jarales. Durante todo el camino no dejamos de cruzarnos con alegres cabalgatas de criollos y mulatos; desfilaban entre nubes de polvo al trote de gallardos potros enjaezados a la usanza mejicana, con sillas recamadas de oro y gualdrapas bordadas deslumbrantes como capas pluviales. Sonaban los bocados y las espuelas, restallaban los látigos, y la cabalgata pasaba veloz a través de la campiña. El sol arrancaba a los arneses blondos resplandores, y destellaba fugaz en los machetes pendientes de los arzones. Nosotros refrenábamos los caballos que relinchaban y sacudían las crines. Lili arrimaba su poney a mi montura, y me alargaba la mano para correr unidos, sin separarnos...

Saliendo de un bosque de palmeras, dimos vista al real de la feria, tumultuoso, impaciente, con su ondular de hombres y cabalgaduras. El eco retozón de los cencerros acompañaba las apuestas y decires chalanescos, y la llanura parecía jadear bajo aquel marcial y fanfarrón estrépito de trotes y de colleras, de fustas y de bocados. Sobre el lindar del bosque, a la sombra de los cocoteros, la gente criolla reía y cantaba un ruidoso jalco de oles y palmadas. Reía el vino en las copas y la guitarra, sultana de la fiesta, lloraba sus celos moriscos y sus amores con la blanca luna de la Alpujarra. El largo lamento de las guajiras espiraba deshecho entre las herraduras de los caballos. Los asiáticos —mercaderees chinos y japoneses— pasaban estrujados en el ardiente torbellino de la feria, siempre lacios, siempre mustios, sin que un estremecimiento alegre recorriese su trenza. Amarillentos como figuras de cera, arrastraban sus chinelas entre el negro gentío, pregonando con femeniles voces abanicos de sándalo y bastones de carey. Sentadas a la puerta e los bohíos, negras andrajosas adornadas con amuletos y sartas de corales, vendían plátanos y cocos. Eran viejas de treinta años, arrugadas y caducas, con esa fealdad quimérica de los ídolos. Su espalda lustrosa brillaba al sol; sus senos negros y colgantes, recordaban las orgías de las brujas y de los trasgos. Acurrucadas al borde del camino, como si tiritasen bajo aquel sol ardiente, medio desnudas, desgredadas arrojando maldiciones sobre la multitud, parecían sibilas, de algún antiguo culto lúbrico y sangriento. Sus críos tiznados y esbeltos como diablos, acechaban por los resquicios de las barracas y se metían huroneando bajo los toldos de la lona, donde tocaban organillos dislocados. Mulatas y guajiros, al son de la música más burlesca de Offenbach, ejecutaban aquellas extrañas danzas voluptuosas, que los esclavos trajeron del África; y el zagalejo de colores vivos flameaba (*sic*) en los quiebros y mudanzas de los bailes sagrados con que a la sombra patriarcal del baobab eran sacrificados los cautivos.

Desde que entramos en el real de la feria, monstruosa turba de lisiados nos cercó clamorante. Ciegos y tullidos, enanos y lazarados nos acosaban, nos perseguían, rodando bajo las patas de los caballos, corriendo a rastras por el camino entre aullidos y Padre Nuestros, con las llagas llenas de polvo, con las canillas echadas a la espalda, secas, desmedradas, horribles... Se enracimaban golpeándose en los hombros, arrancándose los

chapeos, gateando la moneda que les arrojábamos al paso. Y así, entre aquel cortejo de hampones llegamos al bohío de un liberto, antiguo esclavo de mi casa: el paso de las cabalgaduras y el pedigüño rezo de los mendigos trájole a la puerta antes que descabalgásemos. Al vernos corrió ahuyentando con el rebenque la astroza turba y vino a tener el estribo de Lilí, besándola las manos con tantas muestras de humildad y contento cual si fuese una reina la que llegaba. A las voces del negro acudió toda la prole.

El liberto estaba casado con una andaluza que había sido doncella de Lilí. La mujer levantó los brazos al encontrarse con nosotros:

— ¡Virgen de mi alma! ¡Los amitos!

Y tomando de la mano a Lilí, hízola entrar en el bohío.

— ¡Que no me la retueste el sol, reina mía, piñonsico de oro, que viene a honrá mi pobresa!

El negro sonreía mirándonos con sus ojos de res enferma, ojos de una mansedumbre verdaderamente animal. Nos hicieron sentar, y ellos quedaron en pie. Se miraron y hablando a un tiempo empezaron el relato de la misma historia: Un guajiro tenía dos potricas blancas ¡cosa más linda! Blancas como palomas. Eran la gala de la feria. Al verlas el negro y la andaluza habían tenido el mismo pensamiento:

— ¡Qué pintura para la volante de niña Lilí!

Y aquí fue donde niña Lilí, no quiso oír más:

— ¡Ay! si me las compras!... Vamos a verlas...

Habíase puesto en pie, y se anudaba apresuradamente la cinta del sombrero.

— ¡Vamos!... ¡Vamos!...

La andaluza reía maliciosamente.

—Cómo se conoce que su merced no le satisface ningún antojico.

Dejó de reír, y añadió como si todo estuviese ya resuelto:

— El amito va con mi hombre. Para la niña está muy calurosa la sazón.

Entonces el negro abrió la puerta y Lilí me empujó con mimos y arrumacos muy gentiles. Salí acompañado de mi antiguo esclavo, que al verse fuera, empezó por suspirar y concluyó salmodiando el viejo cuento de sus tristezas. Caminaba a mi lado con la cabeza baja, siguiéndome como un perro entre la multitud, interrumpiéndose y volviendo a empezar, siempre zangueando cuitas de paria y de celoso.

— ¡Ella toda la vida con hombres, amito!... ¡Una perdición!... ¡Y no es con blancos, niño! ¡Ay, amito; no es con blancos! A la gran china se le da todo por los morenos. ¡Dígame no más, qué sinvergüenza, niño!...

Su voz era resignada, lastimera, llena de penas, verdadera voz de siervo.

Habíamos recorrido la feria sin dar vista por parte alguna a las tales jacas blancas. Sin duda habían sido vendidas. Ya dábamos la vuelta, cuando me sentí detenido por el brazo. Era Lilí: estaba muy pálida, y aun cuando procuraba sonreír, temblaban sus labios. Yo adiviné una gran turbación en sus ojos: puso ambas manos en mis hombros, y exclamó con fingida alegría:

— Oye, no quiero verte enfadado.

Colgándose de mi brazo, añadió:

— Me aburría y he salido... A espaldas del bohío hay un reñidero de gallos ¿no sabes? Estuve allí, he jugado y he perdido. ¡La vida del hombre malo, hijo de mi alma!

Interrumpióse, y volviendo la cabeza con un gracioso movimiento lleno de ligereza mundana, me indicó a un inglés alto y desgarbado que se descoyuntó saludando.

— Este caballero tiene la honra de ser mi acreedor.

Yo me incliné apenas. Aquellas extravagancias de Lili producían siempre en mi ánimo un despecho sordo y celoso tal, que pronuncié con la mayor altivez de que fui capaz:

— ¿Qué debe a usted esta señora?

Habíame figurado que el jugador rehusaría galantemente cobrar su deuda, y yo quería obligarle con mi actitud fría y desdenosa. El caballero sonrió con la mayor cortesía.

— Antes de apostar, esta señora me advirtió que no tenía dinero. Entonces convinimos que cada beso suyo valía mil centenes. Tres besos ha jugado, y los tres ha perdido.

Yo me sentí palidecer. Pero cuál no sería mi asombro al ver que Lili retorciéndose las manos, demudada, casi trágica, se adelantaba exclamando:

— ¡Yo pagaré! ¡Yo pagaré!

La detuve con un gesto, y enfrentándome con el inglés, le grité restallando las palabras como latigazos:

— ¡Esta mujer es mía y su deuda también! Antes de una hora tendrá V. su dinero.

Y me alejé arrastrando a Lili. Anduvimos algún tiempo en silencio; de pronto ella, oprimiéndome el brazo, murmuró en voz muy queda:

— ¡Oh! ¡qué gran señor eres! ¡Te has arruinado por mí!

Yo no contesté. Lili empezó a llorar en silencio; apoyó la cabeza en mi hombro, y exclamó con un sollozo de pasión infinita:

— ¡Dios mío! ¡Qué no haría yo por ti!...

El libro de Andrés Hidalgo termina sin mentar más a Lili. Pero yo sé harto bien, que aquella mujer no supo hacer por mi pobre amigo otra cosa que acabar de arruinarle; y ante el desastre de su fortuna, Andrés Hidalgo solamente tuvo valor para pegarse un tiro...

Lili le lloró amargamente y encargó el luto a París.

Ramón del Valle Inclán